

Ronald Reagan:
la revolución conservadora

IDEAS



XXII

Por A. O'Mullony, P. F. Barbadillo, J. Soley, A. Sosa, J. M. Sayago y D. Pipes

ÍNDICE

EL LÍDER DE UN TIEMPO QUE NO VOLVERÁ Por Antonio O'Mullony	4
DE HOLLYWOOD A LA CASA BLANCA Por Pedro Fernández Barbadillo	9
RONALD REAGAN, EL OCURRENTE VENCEDOR DE LA GUERRA FRÍA Por Jorge Soley Climent	13
EL AMOR POR LA LIBERTAD Por Antonio Sosa	17
EL CINE Y EL RESURGIR PATRIÓTICO DURANTE LA PRESIDENCIA DE RONALD REAGAN Por Juan Manuel Sayago	23
LA TEMPRANA VICTORIA DE REAGAN CONTRA LOS ISLAMISTAS Por Daniel Pipes	31



El teniente de la Fuerza Aérea Estadounidense, Ronald Reagan, posando junto a su madre, Nelle, en la década de 1940. Fuente: Ronald Reagan Presidential Library & Museum.

EL LÍDER DE UN TIEMPO QUE NO VOLVERÁ

Por Antonio O'Mullony

Ronald Wilson Reagan nació en Tampico, al oeste de Illinois, el 6 de febrero de 1911. Su padre, Jack, fue un hombre sin suerte en los negocios, que cayó en el alcoholismo; su madre, Nelle, una mujer caritativa y religiosa. La familia cambió de residencia en varias ocasiones antes de establecerse en Dixon, una pequeña ciudad del Medio Oeste que Reagan idealizó más tarde como *«un lugar donde la vida era sana... la gente confiaba entre sí y nadie cerraba su puerta por la noche»*.

En la adolescencia, pasó los veranos trabajando como salvavidas en la playa local del río Rock (afluente del Misisipi), donde cuentan que en siete años salvó 77 vidas. Edmund Morris, su biógrafo, cuenta que Reagan se aferró durante toda su vida a una imagen heroica de sí mismo, en la que el río Rock, representó «*el símbolo central de su juventud*».

El joven Reagan no brilló en el terreno académico durante sus cuatro años en el Eureka College, pero sí tuvo éxito como jugador de fútbol americano y como actor en obras menores. Se graduó en 1932, en plena Gran Depresión, y poco después fue contratado como locutor deportivo en una emisora de radio de Iowa.

Del Medio Oeste a Hollywood

Años más tarde, en 1937, Ronald Reagan aterrizó en Hollywood y, de la mano de Warner, fue elegido para interpretarse a sí mismo o a personajes similares. En su primer rol en *Love Is on the Air* dio vida a un locutor de radio. Sus papeles exigían que fuera sano, del Medio Oeste y, a menudo, un héroe. Después de años como actor de serie B, logró reconocimiento por su interpretación de la estrella del fútbol americano George Gipp en *Knute Rockne, All American* y Drake McHugh en *Kings Row*.

En *la Meca del cine* conoció a Jane Wyman, con la que se casaría en 1940, y a la que, poco después de que los Estados Unidos entraran en la Segunda Guerra Mundial, dejó a junto a su hija Maureen en Los Ángeles para servir en la Unidad Cinematográfica de la Fuerza Aérea del Ejército en Culver City.

Reagan regresó a Hollywood al final de la guerra y participó activamente en el Sindicato de Actores de Cine (SAG), del que fue presidente durante cinco mandatos consecutivos, de 1947 a 1952 y, de nuevo, de 1959 a 1960. Durante su tiempo en el cargo testificó ante el Comité de Actividades Antiamericanas de la Cámara de Representantes en 1946, en pleno *terror rojo*; y, aunque fue un testigo «amistoso», se negó a dar nombres. Tras sus años de trabajo contra la penetración de la extrema izquierda en el SAG, desarrolló los principios anticomunistas que permanecieron en el centro de sus convicciones durante su presidencia.

El fin de la guerra también supuso la conclusión de la carrera cinematográfica y el divorcio de Reagan y Wyman. Poco después, se volvió a casar en 1952, en esa ocasión con la actriz Nancy Davis, con quien formó uno de los matrimonios más célebres del siglo XX de los Estados Unidos y tuvo dos hijos, Patti y Ron.

Ese mismo año, el todavía demócrata, pasó a ser el portavoz de General Electric. Comenzaba a convertirse en un conservador reconocido. En 1962 cambió oficialmente de partido y en 1964 obtuvo repercusión nacional cuando habló en nombre del candidato presidencial republicano conservador Barry Goldwater.

33^{er} gobernador de California

Ya como uno de los principales exponentes del Partido Republicano en la costa oeste, en 1966 compareció a las elecciones a gobernador de California, con las promesas de rebajar los impuestos a la propiedad, reducir el despilfarro gubernamental y frenar la rabia estudiantil, siempre pastoreada por el enorme y poderoso sindicato de profesores, en las universidades de California, de manera particular en Berkeley.

Reagan fue elegido y reelegido. Durante su segundo mandato logró generar consenso en torno a su proyecto de ley de reforma del bienestar social. El texto, aprobado por la Asamblea del Estado de California, redujo las crecientes funciones de asistencia social de California y encarnó algunos de los temas clave de la filosofía del mandatario.

40^o presidente de los Estados Unidos

Tras ocho años en Sacramento, Reagan se erigió en uno de los principales opositores a Jimmy Carter (todavía vivo cuando se escribe este texto), por entonces presidente demócrata de los Estados Unidos. La firma del Tratado del Canal de Panamá, la crisis del petróleo de 1979, la subida de los tipos de interés, la inflación o el desempleo allanaron el camino hacia la campaña presidencial de 1980, de la que saldría elegido como 40^o presidente para un mandato que planteaba como pilares fundamentales la familia, el trabajo, la vecindad, la paz y la libertad. Prometió luchar contra el comunismo, en concreto contra la Unión Soviética, reducir el papel del Gobierno en la economía y restaurar la confianza de la nación.

Apenas un año después de su llegada a la Casa Blanca, el 30 de marzo de 1981, John Hinckley Jr. intentó asesinarle a la salida del Hilton de la avenida de Connecticut de Washington. Cerca de la muerte (aunque los estadounidenses no lo sabían), con una bala en el pulmón que no había alcanzado su corazón por un par de centímetros, le dijo a Nancy: «*Olvidé agacharme*». Toda la nación iba quedando cautivada según iba conociendo los detalles del atentado y la resistencia de su longevo presidente.

Era plena Guerra Fría, décadas de conflicto improbable y paz imposible que ponían a prueba la oposición de Reagan a las armas nucleares, traducida en su convicción de que los Estados Unidos debían estar armados y preparados para un conflicto que nunca debía librarse. Para evitar así, de hecho, un conflicto indeseable. En el apogeo del fortalecimiento militar, el Pentágono llegó a gastar 34.000 millones de dólares por hora en armamento. Y el enfrentamiento directo entre las dos grandes potencias no llegó.

Con una popularidad inquebrantable, la edad parecía el talón de Aquiles de un presidente llamado a continuar en la Casa Blanca otros cuatro años. El miedo al asunto indujo en sus directores de campaña una voluntad de minimizar sus apariciones públicas, mientras el equipo de su contrincante, Walter Mondale, esperaban sacar rédito electoral, sobre todo después de la actuación de Reagan en el primer debate televisivo, en el que tuvo problemas para recordar algunos datos, y buena parte de la prensa hizo del tema asunto de Estado.

Para el segundo debate, los asesores de Reagan cambiaron su estrategia. Allí bromeó: *«No haré de la edad un tema de esta campaña. No voy a explotar, con fines políticos, la juventud y la inexperiencia de mi oponente»*. Fin del asunto. Problema zanjado. Aquel comentario generó aplausos y risas, incluso de su contrincante. En ese momento las elecciones habían terminado. En noviembre, Reagan obtuvo una aplastante victoria con el 59% del voto popular y 525 votos electorales de 49 estados. Mondale ganó el 41% del voto popular y 13 votos electorales del Distrito de Columbia y su Minnesota natal.

Ya en su segundo y último periodo en la Casa Blanca, sin unas elecciones en el horizonte, Reagan intensificó su lucha política, militar y propagandística contra el comunismo. En junio de 1987, se dirigió a Gorbachov durante un discurso ante el Muro de Berlín y le exigió *«¡derribe este muro!»*. La demanda fue ignorada en su momento, pero después de la demolición del muro en noviembre de 1989, fue reformulada retroactivamente como un hito histórico.

En diciembre de 1987, Reagan y Gorbachov se reunieron en la Cumbre de Washington para firmar el Tratado sobre Fuerzas Nucleares de Alcance Intermedio, comprometiéndose a la abolición total de sus respectivos arsenales de misiles de corto y mediano alcance. El tratado estableció un régimen de inspecciones diseñado para garantizar que ambas partes cumplieran el acuerdo. En mayo de 1988, el Senado de los Estados Unidos votó

abrumadoramente a favor de ratificar el tratado, lo que dio un importante impulso a la popularidad del republicano. Comenzaba así una nueva era de comercio y apertura entre las dos potencias.

Cuando salió por última vez de la Casa Blanca, el 20 de enero de 1989, gozaba del respaldo de la inmensa mayoría de sus compatriotas; y, a la edad de 77 años, Reagan se convirtió entonces en el presidente de mayor edad al final de su mandato en plenas facultades, superando a Dwight D. Eisenhower, quien dejó el cargo el 20 de enero de 1961, a la edad de 70 años.

Sus últimos años

Después de residir durante ocho años en el 1600 de la avenida de Pensilvania de Washington, Ronald y Nancy Reagan pasaron su jubilación entre 668 St. Cloud Road en Bel Air y el Rancho del Cielo en Santa Bárbara, desde donde recibió múltiples premios y honores, fue llamado a dar incontables conferencias a lo largo de los años e inauguró la Biblioteca Presidencial Ronald Reagan en 1991.

Aún popular y cercano, en 1994 contó a la nación que había sido diagnosticado un Alzheimer que avanzó durante sus últimos años, apartándolo poco a poco de la esfera pública. Una década después, el 5 de junio de 2004, Reagan murió en su casa de Los Ángeles a causa de una neumonía complicada por su enfermedad previa.

Su funeral de Estado se celebró en la Catedral Nacional de Washington, donde personalidades como Margaret Thatcher, George H. W. Bush o George W. Bush pronunciaron panegíricos, y asistieron otros líderes mundiales, como su viejo enemigo íntimo Mikhail Gorbachov o Lech Wałęsa.

Cuando Ronald Reagan fue enterrado en su biblioteca presidencial, comenzaba a ser evidente que pasaba un tiempo que no volverá. Un periodo de la historia simplificado por el eje derecha-izquierda, de confianza en las instituciones, de control frente a autonomía, de represión frente a expresión. Un tiempo con la libertad como causa de batalla, ahora insuficiente, que ha dado paso a otro en el que está en juego la naturaleza misma, la dignidad del ser humano, para el que resultan insuficientes las respuestas que sirvieron antaño.



Ronald Reagan durante su etapa como gobernador de California, explicando sus reformas educativas en una intervención pública el 6 de mayo de 1970. Fuente: Bettmann Archive.

DE HOLLYWOOD A LA CASA BLANCA

Por Pedro Fernández Barbadillo

En el siglo XIX, un presidente de Estados Unidos solía ser de Ohio o de Virginia y tener un grado militar, ejercer de abogado o ser latifundista. En el siglo XX, en la Casa Blanca entraron otro tipo de presidentes: de otros estados más al oeste, de otras profesiones y hasta un católico, aunque no precisamente un ejemplo de religiosidad. El más sorprendente, hasta la llegada del republicano Donald Trump fue otro republicano: Ronald Reagan.

No sólo ha sido el único presidente que presidió un sindicato, el *Screen Actors Guild* (disuelto en 2012), sino que ha desempeñado uno de los empleos que se podría suponer más alejados de la presidencia, al menos hasta la irrupción de la televisión, el de actor.

Como votante, Ronald Reagan (1911-2004) había pasado del Partido Demócrata de Franklin Roosevelt y Harry Truman al Republicano. Cuenta en sus memorias que «en 1960 me di cuenta de que el verdadero enemigo no era la gran empresa, sino el gobierno excesivo»; y el partido azul promovía el aumento del Estado sin cesar, a costa de los impuestos y la libertad de los ciudadanos, con tal éxito que seducía a muchos republicanos. Por ello, grabó un anuncio en apoyo de la candidatura del senador Barry Goldwater en las elecciones presidenciales de 1964 frente a Lyndon B. Johnson, en las que éste obtuvo un triunfo descomunal.

Desde que en 1937 sustituyera su empleo de periodista deportivo por el de actor, su estado de residencia pasó a ser California. Y éste lo dirigía desde 1959 un gobernador, Pat Brown, que lo estaba convirtiendo en modelo de gasto y burocracia. En las elecciones de 1962, Brown derrotó al californiano Richard Nixon por unos cinco puntos y después de una lamentable campaña del exvicepresidente de Eisenhower, que dos años antes había perdido ante Kennedy en unas ajustadísimas elecciones que quizás decidieron unas urnas preñadas en Chicago y Texas.

Brown pretendía un tercer mandato y Reagan hizo campaña entre los republicanos para que fueran capaces de encontrar un candidato que oponerle. Desplegó semejante vigor y argumentos que numerosos militantes y dirigentes le animaron a que se presentase él, porque le consideraban el único capaz de unificar el partido. Su respuesta, repetida varias veces, fue «*soy actor, no político*». Al final, cedió. Cuando se lanzó a la campaña, Brown le reprochó su falta de preparación para el cargo: «*¿Qué hace un actor persiguiendo un puesto importante como el de gobernador de California?*». Y en un anuncio le comparó con otro actor famoso, John Wilkes Booth, el asesino de Lincoln.

Reagan aprendió pronto las reglas de la política. Por ejemplo, se retiró enfadado de un debate cuando un oponente le acusó de racista, aunque luego regresó antes de que terminara. «*Fue la última vez que abandoné un estrado durante un debate político*», dijo. Los liberales y progres, al igual que los centristas y las élites del Partido Republicano, siempre le menospreciaron por su origen, su profesión y su supuesta simplicidad ideológica. Reagan, por el contrario, tuvo bien claro qué pensaba y a quién quería representar. Encabezó «la rebelión de la gente normal» contra los impuestos y la deuda pública. ¡Ojalá en los partidos de *moderados* y *gestores* hubiera dirigentes que tuvieran esa única idea y la aplicaran! Tan bien lo hizo que en noviembre de 1966 derrotó a Brown por quince puntos y un millón de votos. En 1970, Reagan fue reelegido, aunque con un margen menor, y en enero de 1975 dejó Sacramento.

En esos ocho años al frente del estado más poblado y rico de Estados Unidos, el actor, locutor y sindicalista se forjó peleando contra las burocracias y los grupos de presión que exigían subsidios y gastos. Descubrió que sus rivales podían mentir no sólo en las campañas, sino en las cuentas públicas. Brown había dejado escondidos cientos de millones de dólares en déficit. Tuvo que defenderse de infamias como el rechazo a nombrar a negros en puestos de importancia en su administración. Y tomó medidas que la prensa calificaba de demagógicas o populistas, como vender el avión oficial del gobernador para reducir el derroche.

En sus dos mandatos también aprendió que a los grandes males se les debe combatir en sus guaridas y no esperar a que penetren en tu jardín. *«Cuanto más tiempo pasaba como gobernador, más me daba cuenta de que los problemas que teníamos en lo que se refiere al gobierno en general tenían que resolverse en Washington»*. A lo largo de 1975, ya cerca de la edad oficial de retiro para los trabajadores, recibió cientos de llamadas pidiéndole que se presentara a la nominación presidencial por los republicanos del año siguiente. Y lo hizo frente al presidente en ejercicio, Gerald Ford. Éste ganó por poco, pero luego fue derrotado por James Carter.

En 1980, Reagan volvió a presentarse y esta vez ganó la candidatura y luego las presidenciales. A diferencia de otros políticos, la victoria no le endiosó. Nixon se pavoneaba en la Casa Blanca presumiendo de hombría: *«Probablemente soy el tipo más duro que ha ocupado este despacho desde Theodore Roosevelt»*. En cambio, Reagan sentía junto a él la presencia de sus compatriotas y no los privilegiados: *«Quería ser presidente, pero verdaderamente creía que lo que iba a suceder no dependía de mí, sino de la gente»*.

En las dos décadas anteriores, en Washington se habían sucedido un presidente asesinado, un presidente tan impopular que renunció a la reelección, un presidente que dimitió para no ser destituido, un presidente no electo y un presidente humillado. La nación se hallaba dividida y deprimida por el escándalo *Watergate*, la huida de Vietnam del Sur y el secuestro del personal de su embajada en Irán por el régimen islámico. Muchos en Europa y América se regodeaban anunciando el fin del *Imperio americano*. Reagan devolvió el brillo al cargo y el optimismo a su pueblo... y encima derrotó a la Unión Soviética.

Como ha escrito el historiador Stanley G. Payne, después de *«una generación de dudas, cuestionamientos y críticas internas»*, Reagan restauró el sentido del idealismo y los principios consustanciales a la nación

estadounidense, así como de la Presidencia como símbolo y guía. Según Henry Kissinger, que fue secretario de Estado de Nixon y Ford, Reagan contaba con «*un don misterioso para unir al pueblo norteamericano*».

La renovación del conservadurismo que realizó Reagan en Estados Unidos vale también para los conservadores europeos. Gracias a él, se puede ser conservador y optimista. Se puede ser conservador y persuadir a la mayoría del pueblo. Se puede ser conservador y cambiar la marcha de la historia. Se puede ser conservador y abrazar el futuro. Incluso se puede ser conservador y contar chistes al tratar asuntos serios. «*A Ronald Reagan (a quien casi nunca se le vio sombrío en su vida) le gustaba citar la frase de Tom Paine “Está en nuestro poder volver a empezar el mundo”*» (John Micklethwait y Adrian Wooldridge, en *Una nación conservadora. El poder de la derecha en Estados Unidos*).

Reagan liberó a la derecha del fatalismo y la frustración ante un mundo que parecía conducido por la izquierda hacia un precipicio. Le dio espíritu de victoria para su causa, un espíritu que todavía nos anima. Y también nos dejó un consejo. El undécimo mandamiento: «*no hablarás mal de ningún republicano*». O como lo enunció nuestro Ramiro de Maeztu: «*Nunca atacar a los afines*».



El presidente Ronald Reagan pronunciando su célebre discurso frente al Muro de Berlín el 12 de junio de 1987, donde lanzó su famosa consigna *¡Derribe este muro!*, dirigida a Gorbachov. Fuente: Ronald Reagan Presidential Library & Museum.

RONALD REAGAN, EL OCURRENTE VENCEDOR DE LA GUERRA FRÍA

Por Jorge Soley Climent

¿Cómo será recordado Ronald Reagan? Cuando uno lo mira con una cierta perspectiva, como ya estamos empezando a poder hacer, Reagan, presidente de los Estados Unidos desde 1981 hasta 1989, aparece en primer lugar como el vencedor de la Guerra Fría.

No es fácil hacerse una idea de lo inconcebible que parecía a finales de los años 70 ese resultado. La Unión Soviética se mostraba como un régimen poderoso y consolidado, cuya influencia no dejaba de crecer, también en Occidente. Calculábamos los días que tardarían en llegar los tanques

soviéticos desde los Urales a la costa atlántica y si podrían las fuerzas estadounidenses llegar a tiempo de frenar ese avance. En cualquier caso, contemplábamos la URSS como ahora vemos a la China comunista, un régimen cuyo fin no se vislumbra. De acuerdo a esta visión, los presidentes norteamericanos aspiraban a poco más que a conservar sus posiciones. Les estaba bien el empate, y éste se conseguía, sí, pero con apuros (la caída del Irán del Sha y la humillación que supuso el secuestro de la embajada estadounidense en Teherán en tiempos de Jimmy Carter son una muestra de esos problemas).

Cuando oscilábamos entre el pánico y la resignación, llegó Ronald Reagan y le dijo al mundo entero, con su sonriente rostro de actor de Hollywood, que el comunismo era el mal y que la Unión Soviética iba a ser derrotada. Lo dijo, con convicción, nos dio ilusión y pasó a la ofensiva. Y además unió contundencia con sentido del humor. La frase con la que hundió a Carter, su antecesor en la presidencia de los Estados Unidos, es digna del mejor de los guionistas de su amado Hollywood: *«Una recesión es cuando tu vecino pierde su empleo. Una depresión es cuando tú pierdes el tuyo. Y una recuperación es cuando Jimmy Carter pierde el suyo»*. Sus chistes anticomunistas también fueron célebres. Como muestra, un botón: *«¿Cómo se distingue a un comunista? Es alguien que lee a Marx y a Lenin ¿Y cómo se distingue a un anticomunista? Es alguien que entiende a Marx y a Lenin»*.

Lo suyo fueron palabras (*Tear down this wall!*, le espetó a la cara en 1987 al secretario general del PCUS, Mijail Gorbachov), pero también acciones. Como la enorme inversión en lo que se llamó la Guerra de las Galaxias, que forzó a la Unión Soviética a destinar ingentes recursos para intentar no quedarse atrás y la desfondó económicamente. Reagan no se andaba con chiquitas: financió a la resistencia antisoviética en Afganistán (sí, también a un tal Osama bin Laden que, años después, se convertiría en el enemigo número 1 de los Estados Unidos), invadió la isla de Granada en 1983 y, cuando el Congreso no aprobó las ayudas a la Contra nicaragüense, los antisandinistas comandados por Edén Pastora, Reagan, ni corto ni perezoso, montó una operación ilegal para financiarles y frenar la expansión comunista en Centroamérica. La caída del Muro de Berlín en 1989 y la disolución de la Unión Soviética en 1991 difícilmente hubiesen sucedido sin la determinación de Ronald Reagan.

Si volvemos nuestra mirada al plano interno, veremos que la irrupción de Reagan guarda paralelismos con su actuación exterior. Es cierto que el largo camino de los conservadores hacia el poder había arrancado ya en los primeros años de la posguerra. La campaña *«Stop ERA»*, encabezada

por Phyllis Schafly o la candidatura de Barry Goldwater, que derrotó en las primarias republicanas a Nelson Rockefeller, el potentado que no discutía la hegemonía cultural de la izquierda, indicaba que los tiempos estaban cambiando. Pero fue Reagan quien tuvo la habilidad de liderar a ese movimiento conservador y llevarlo a la victoria, hasta la mismísima Casa Blanca, asumiendo aquella desacomplejada consigna de Goldwater durante su discurso en la convención republicana de 1964 que Reagan hizo suya: «*Quiero recordaros que el extremismo en la defensa de la libertad no es un vicio. ¡Y permitidme recordaros también que la moderación en la búsqueda de la justicia no es ninguna virtud!*».

Reagan lideró desde su apabullante personalidad. Quienes le ninguneaban por haber sido actor de cine ignoraban los resortes que mueven la política en nuestros días. Cercano, simpático, arrollador, Reagan cambió en cierto modo la forma de hacer política. Era directo, podía ser agresivo, desafiaba los límites impuestos por la política al uso del momento, pero al mismo tiempo era encantador, divertido y siempre tenía un chiste a mano para explicar de manera gráfica su mensaje. La lista es interminable. Algunos han pasado a formar parte del acervo general y aún siguen contándose, como aquel que decía que las palabras más peligrosas en el idioma inglés son «*Soy del gobierno y estoy aquí para ayudarte*». O aquel que dice que «*la visión que el gobierno tiene de la economía puede resumirse en tres breves frases: si se mueve, ponle impuestos. Si sigue moviéndose, regúlalo. Y si deja de moverse, subvenciónalo*». Aunque donde se lucía era en los chistes sobre la Unión Soviética, que incluso explicaba a los dignatarios soviéticos en sus encuentros. Como aquella conversación entre un norteamericano y un ruso: el americano se jacta de la libertad que existe en su país, libertad que le permite poder ir a la Casa Blanca y gritar: «*¡Que se vaya al diablo Ronald Reagan!*». El ruso le contesta que él también puede hacer lo mismo en la Unión Soviética. ¿Cómo es eso? Pues claro, responde, yo también puedo ir al Kremlin y gritar: «*¡Que se vaya al diablo Ronald Reagan!*».

Pero Reagan era mucho más que un actor con gracia y narices metido a político. Suscriptor de *National Review*, leía mucho, escuchaba incluso más y nunca tomaba decisiones sin haberse informado y reflexionado a fondo. Se jactaba de ser el más tonto de su equipo, demostrando así que era el más listo, capaz de rodearse de los mejores en cada campo y de hacerles trabajar mientras él podía declarar socarronamente que «*si bien parece ser que el trabajo duro nunca ha matado a nadie, siempre he pensado que para qué arriesgarse*». Fue capaz también de atraer a antiguos demócratas defraudados por la deriva izquierdista de su partido (se les llamó los *Reagan democrats*) y de algo incluso más difícil: aglutinar a todas las familias de

la derecha bajo la «gran tienda». He tenido la oportunidad de conocer a algunas personas que trabajaron con él y todas siguen hablando con admiración de un líder cercano, carismático y muy divertido, pero también exigente y capaz de sacar lo mejor de sus colaboradores.

Evidentemente, todas sus virtudes y aciertos no significan que Reagan fuera perfecto ni infalible. Por ceñirnos a dos cuestiones clave: a pesar de sus promesas y esfuerzos no consiguió frenar el crecimiento del déficit estadounidense y sus nombramientos para el Tribunal Supremo resultaron, en algunos casos brillantes (como con Antonin Scalia), pero en otros, por decirlo suavemente, tremendamente decepcionantes (como Anthony Kennedy). Pero más allá de sus errores y aciertos, es innegable que Reagan devolvió la ilusión a su país y, junto a su admirado Juan Pablo II, a todo el Occidente, salió siempre y en todo contexto a ganar el partido, no se amilanó a la hora de defender las ideas conservadoras y además lo hizo con una gracia difícil de igualar. Derrotó a la izquierda progre estadounidense, derrotó al comunismo soviético y cambió así el curso de la historia. Y lo hizo sin darse importancia, mientras nos contaba un chiste y se reía como un niño.



Ronald Reagan junto a Juan Pablo II durante la visita del Pontífice Máximo a Estados Unidos en octubre de 1987. Fuente: Twitter.com

EL AMOR POR LA LIBERTAD

Por Antonio Sosa

Sin duda que las políticas de Reagan, vistas de forma completamente abstracta, lo acercan más al *conservative establishment* de Estados Unidos y Europa que a los *national conservatives* que defienden a Trump o a la derecha «populista» europea. Pero estas políticas, aunque sin duda importantes, tocan temas considerablemente más contingentes que el que tengo en mente en este artículo. Quiero decir

que el comercio exterior, la inmigración, el matrimonio, y las relaciones internacionales son áreas en donde, en mayor o menor grado, políticas distintas son adecuadas para épocas distintas. El comercio libre, por ejemplo, puede beneficiar a un país más o menos dependiendo del estado de sus industrias y de sus necesidades estratégicas y culturales. Y desde luego que Reagan, como cualquier político, cometió errores. Podríamos argumentar, por ejemplo, que al igual que muchos líderes políticos conservadores de la generación de los *boomer*, no prestó suficiente atención a la relación entre la inmigración masiva y la cohesión cultural. Pero lo esencial del legado de Reagan no es esto, por importante que sea.

Lo esencial de su legado está en la forma singularmente cautivante en que defendió la libertad. Para entender lo que tanto cautivó de esta defensa, es provechoso detenerse un instante a considerar unas de las observaciones de uno de los grandes pensadores de la tradición liberal de Occidente. En lo que es quizás la sección más psicológica del *Antiguo Régimen y la Revolución*, Tocqueville define lo que llama «*el verdadero amor por la libertad*». Recalca varias veces que este amor no debe confundirse con, y no puede surgir de, el amor por el bienestar material que la libertad tiende a generar. La libertad solo es genuina y coherentemente deseada cuando no es deseada por razones utilitarias:

Aquello que, en todos los tiempos, lo atrae tan fuertemente al corazón de ciertos hombres, son sus atracciones propias, su encanto propio, independientemente de sus beneficios; es el placer de poder hablar, actuar, respirar sin restricciones, bajo el único gobierno de Dios y las leyes. Quién busca en la libertad otra cosa que ella misma está hecho para servir.

Creo que este sentimiento de grandeza humana es lo que Reagan, si bien a su manera más sencilla y ajustada a las necesidades políticas de un jefe de Estado, logró tocar con su discurso. No en vano fue apodado en su momento, y es recordado hoy entre sus simpatizantes, como el *Great Communicator*. Pero como él mismo dijo en su discurso de despedida de 1989, «*nunca pensé que fue mi estilo o las palabras que usé las que marcaron la diferencia: fue el contenido. No era un gran comunicador, pero sí comuniqué grandes cosas*».

Sería tema de un libro desglosar los discursos principales de Reagan. Pero cabe dentro del presente comentario subrayar algunas partes clave de uno de los discursos que mejor ejemplificó su capacidad para comunicar grandes cosas. Se trata del discurso televisado que dio en 1964 en

apoyo a la nominación de Barry Goldwater como candidato presidencial del Partido Republicano, popularmente conocido como «*Tiempo para elegir*». Esa candidatura, como es bien sabido, terminó sufriendo una derrota fulminante, pero los ideales y preocupaciones fundamentales del ala más clásicamente liberal del partido, descritos elocuentemente por Reagan en este discurso, probablemente contribuyeron a su propia victoria en la elección presidencial de 1980. Si bien es cierto que hay victorias pírricas, hay también derrotas auspiciosas.

El tema central de «*Tiempo para elegir*» es la elección entre la libertad y el creciente estatismo hacia el que Estados Unidos se había, según Reagan, encarrilado. Deja claro que esta elección no es para él una mera disputa de políticas públicas. Es la elección entre dos formas radicalmente opuestas de entender al hombre. El orden político en donde prima la libertad, que Reagan describe como el anhelo perenne del hombre, es aquel en donde existe «*la máxima libertad individual compatible con la ley y el orden*». Contrasta esta orientación con la tendencia del liberalismo estatista que seduce a aquellos que, como afirma, «*intercambiarían la libertad por la seguridad*». Citando las palabras de un senador demócrata de la época, define a esta tendencia como la búsqueda de la «*satisfacción de las necesidades materiales de las masas mediante todo el poder de un gobierno centralizado*».

Es interesante que al contraponer libertad con estatismo Reagan no se refiere a la relación entre libertad y bienestar material. Sin duda sabía que el mercado lleva más consistentemente a la prosperidad que la coordinación centralizada de la actividad económica. Pero como el espíritu de su discurso deja claro, esta no es la razón principal para elegir la libertad sobre el estatismo. La razón es moral, es decir, basada en los requerimientos de la dignidad humana. La libertad, podemos decir, es el estadio político en donde el hombre puede desarrollar a pleno su humanidad, sus capacidades morales e intelectuales, y es por esto que debe elegirla. El bienestar material no es el objetivo — por más que sea un subproducto necesario — de la libertad, y quien la busca persiguiendo eso nació, como decía Tocqueville, para servir. En la sección introductoria del discurso, Reagan subraya poéticamente esta dimensión moral de la lucha por la libertad cuando describe a la Unión Soviética como la amenaza más grande al que la humanidad se ha enfrentado «*en su largo ascenso del pantano a las estrellas*». Todo esto implica, además, que para preservar la libertad puede a veces ser necesario hacer grandes sacrificios materiales, o estar dispuesto a hacerlos, ya sea para enfrentar un *statu quo* doméstico que utilice las leyes de forma arbitraria para entorpecer la labor de la disidencia a favor de la libertad,

o ya sea para enfrentar a un adversario internacional que busque utilizar el deseo natural por la supervivencia para acobardar al espíritu humano, como a menudo hacía la Unión Soviética. La disposición a hacer estos sacrificios, a arriesgar el pellejo por una causa noble, se llama fortaleza. Y la fortaleza obviamente está en tensión con la mera búsqueda del bienestar.

En el caso de la orientación estatista, Reagan sí se refiere a la importancia del bienestar material. Esto merece reflexión. Aunque no sea capaz de satisfacer esta necesidad tan bien como un sistema económico libre, es notorio que gran parte del encanto del estatismo moderno proviene de su promesa implícita de crear un orden político en donde los deseos materiales de todos los hombres puedan ser plena e igualmente satisfechos. En esta promesa se esconde una definición del hombre: es un ser que puede ser genuinamente satisfecho por bienes materiales; es un ente fundamentalmente inerte y pasivo, cuya felicidad depende de lo que reciba de la mano providente del estado. Esto es la vida entendida, no como una aventura en donde el enfrentamiento con los problemas de la condición humana pone el alma a prueba, sino como un hogar de ancianos. Esto es lo que en última instancia implica elegir la seguridad por encima de la libertad.

Esta idea del hombre lógicamente tiene consecuencias morales. Reagan destaca una de ellas en la parte de su discurso dedicada a la crítica del estado de bienestar estadounidense. Cuenta la anécdota de una mujer que se divorcia con el fin de obtener un pago de asistencia social:

Hace poco, un juez me llamó aquí en Los Ángeles. Me contó de una joven que había comparecido ante él para un divorcio. Tenía seis hijos, estaba embarazada de su séptimo. Bajo su interrogatorio, reveló que su esposo era un trabajador que ganaba 250 dólares al mes. Quería el divorcio para obtener un aumento de 80 dólares. Era elegible para recibir 330 dólares al mes en el Programa de Ayuda a los Niños Dependientes. Obtuvo la idea de dos mujeres de su vecindario que ya habían hecho eso mismo.

Debemos recalcar la ironía del hecho de que esta política de bienestar empobrece el alma mientras ayuda al cuerpo. Esto es porque al entender al hombre y sus problemas primordialmente en términos del cuerpo, el estado de bienestar fácilmente olvida el alma. La orientación clásicamente liberal enseña lo contrario. El hombre, para ser feliz, debe valorar los bienes morales más que su comodidad o sus placeres más inmediatos, porque esos bienes satisfacen la parte propiamente humana de su naturaleza. Esta valoración por parte de un individuo con el tiempo se convierte en hábito, en una forma básica de entender y afrontar la vida. Esto, creo, es

lo que significaba ser de verdad libre para Reagan. Pero el Estado, como el ejemplo anterior ilustra, puede sabotear la formación de estos hábitos e incluso alimentar los contrarios al suministrarle al hombre recursos materiales que lo incentivan a elegir su comodidad por encima del deber o, como diría Tocqueville, del interés propio bien entendido. Entonces, por más que un «Programa de Ayuda a Niños Dependientes» esté fundado sobre las mejores intenciones, vemos como puede fácilmente contribuir a la enervación moral del individuo si le da incentivos materiales para huir de sus responsabilidades; la libertad bien entendida, por el contrario, *obliga* al individuo a enfrentar sus responsabilidades. Otra manera de expresar la misma idea: si sabemos que la familia es prácticamente indispensable a la formación moral del individuo, y vemos cómo las políticas de bienestar pueden socavar los incentivos que tiene el individuo para formar y cuidar de su familia, entonces podemos concluir que el estado de bienestar puede socavar la integridad moral del individuo.

En la última parte de su discurso, Reagan se enfoca en la política exterior de Estados Unidos hacia la Unión Soviética. Critica lo que considera una política de conciliación amoral que busca paz — léase, seguridad — a toda costa. La cuestión aquí es la relación jerárquica entre la moralidad y la auto-preservación. La acomodación sumisa y perpetua, con miras a evitar un roce que pudiese llevar a una confrontación militar y, de ahí, a una guerra nuclear, es una postura que Reagan rechaza como incompatible con la integridad moral de Estados Unidos:

No podemos comprar nuestra seguridad, nuestra libertad de la amenaza de la bomba [atómica] cometiendo una inmoralidad tan grande como decirle al billón de seres humanos que hoy son esclavos detrás de la Cortina de Hierro, «*abandonen sus sueños de libertad porque para salvar nuestro pellejo, estamos dispuesto a hacer un trato con sus amos*».

Es notorio en esta declaración la gran diferencia entre los dos usos de la palabra «*libertad*», que he traducido literalmente del inglés. El primer uso se refiere a la mera libertad animal, la libertad de un ser que busca vivir por encima de cualquier otra cosa y que por ende está dispuesto a sacrificar todo con tal de poder seguir viviendo. Como sugiere Reagan, esta noción de libertad es el amor por la seguridad. El segundo uso se refiere al anhelo que tienen aquellos que están sujetos a la tiranía soviética de vivir como hombres libres, bajo un sistema de gobierno que guarde una relación tolerable con la dignidad humana. Reagan se refiere a este anhelo para inspirar una apreciación en sus oyentes de la dimensión moral de la confrontación entre Occidente y la Unión Soviética. Algo mucho más importante que el

mero pellejo estaba en juego. Citando a Hamilton, afirma: *«una nación que puede preferir la vergüenza al peligro está preparada para tener un amo, y merece tenerlo»*.

Es menester aclarar que con esto no estaba Reagan recomendado al aventurismo militar, la búsqueda de la confrontación militar directa con miras a poner fin a la Unión Soviética, sin importar las consecuencias materiales. No estaba abogando por el fanatismo moral, por el abandono de la prudencia. Pero sí estaba invitando a los estadounidenses a fijar los parámetros morales de esa prudencia, los límites morales incondicionales de cualquier compromiso estratégico. *«Tú y yo tenemos la fortaleza de decirle a nuestros enemigos»* afirmó, refiriéndose a aquellos estadounidenses que compartiesen su amor por la libertad, *«hay un precio que no estamos dispuestos a pagar... hay un límite que no deben cruzar»*. Para tener esta fortaleza, y aquí volvemos a lo que creo que es el punto esencial de su discurso, el hombre debe valorar la satisfacción moral que la libertad proporciona (por lo menos en algunos individuos) por encima de la mera vida. La libertad en su sentido más profundo describe la condición del individuo o de la sociedad que vive de acuerdo con esta valoración. La cuestión fundamental del discurso de Reagan, por ende, es la siguiente: ¿somos capaces aún de amar la libertad, de elegirla por sí misma?



El presidente Ronald Reagan junto a Clint Eastwood en el Despacho Oval el 21 de julio de 1987. Fuente: Ronald Reagan Presidential Library & Museum.

EL CINE Y EL RESURGIR PATRIÓTICO DURANTE LA PRESIDENCIA DE RONALD REAGAN

Por Juan Manuel Sayago

El cine es una de las más poderosas herramientas de comunicación que existe. Gran parte de la población recibe información a través de él, con especial intensidad ahora debido al auge de las grandes plataformas en *streaming*. La alternancia de un guion emotivo, con música e imágenes llamativas puede enardecer los sentimientos y calar de forma mucho más profunda que cualquier texto.

Resulta entonces evidente que a través de las películas y las series se pueden transmitir determinados valores, identidades, sentidos comunes y mensajes que pueden generar un importante arraigo cultural en la sociedad. Esta cuestión, de gran importancia para las ciencias sociales, la entendieron muy bien los líderes políticos en el periodo de entreguerras, con especial relevancia durante la Segunda Guerra Mundial. De hecho, lo utilizaron tanto los totalitarismos como los estados democráticos que en ese magno conflicto intervinieron: los documentales de Leni Riefenstahl, *Moscú contraataca* (Ilya Kopalín y Leonid Varlamov, 1942) o los metrajes

estadounidenses de *El gran dictador* (Charlie Chaplin, 1940) o *Casablanca* (Michael Curtiz, 1942), con las maravillosas actuaciones de Humphrey Bogart e Ingrid Bergman, son perfectos ejemplos de ello.

Con su llegada al Despacho Oval de la Casa Blanca, Ronald Regan tenía claro un propósito: recuperar la dignidad perdida de los Estados Unidos ante la opinión pública tras la Guerra de Vietnam y ganar la Guerra Fría. Como actor que había sido -y formado parte de la maquinaria propagandística estadounidense durante la Segunda Guerra Mundial-, comprendió que uno de sus principales aliados para hacerlo sería el *blockbuster* hollywoodiense. Pero el método cambiaría respecto a lo vivido en la Segunda Guerra Mundial: ahora el cine no sería propaganda orquestada desde el Estado, sino que el presidente lo apoyaría desde fuera, a través de discursos y referencias, para poder promover las ideas que hicieron grande a los Estados Unidos.

Es decir, en los años 80 el cine cambió con el surgimiento de directores como George Lucas o Steven Spielberg, dando más importancia a la fantasía y a contar historias sencillas que llegaran al mayor público posible. Regan quería hacer esto y, bajo su etapa como presidente, se utilizó el cine para rescatar los valores que, en Estados Unidos, parecían olvidados.

Ronald Regan: el actor que llegó a ser presidente

El idilio de Ronald Regan con el cine comenzó con 26 años. En 1932 se graduó en el Eureka College, donde estudió economía y sociología¹. En 1937 obtuvo su primer contrato con la Warner Bros. por 7 años tras realizar una prueba de cámara. Pronto comenzó a participar en largometrajes, en especial en *Westerns*, destacando su participación en *Camino de Santa Fe* (Michael Curtiz, 1940). Ese mismo año protagonizó *Knute Rockne-All American* (Lloyd Bacon, 1940), que le consagró como estrella de Hollywood y le hizo conocido en el ambiente cinematográfico:

«Era una verdadera estrella del cine de clase B, en la máxima posición del segundo nivel, que se aprendía los diálogos rápidamente, siempre llegaba puntual al estudio, era agradable, obediente con el director, amable con sus colegas, un hombre de confianza»².

El joven Regan alternó su trabajo en Hollywood con el servicio militar y, en 1937, se alistó en la Reserva del Ejército de los Estados Unidos con el rango de cabo, pero pronto ascendió a teniente segundo del Cuerpo de Oficiales de Reserva de la Caballería. Sin embargo, de su servicio a

la patria destacó su papel en la Segunda Guerra Mundial. Tras el ataque japonés sobre Pearl Harbour y la entrada oficial de Estados Unidos en el conflicto bélico, Reagan fue llamado a filas, pero no pudo servir en ninguna unidad de combate debido a sus problemas de visión.

Así, fue destinado a la Primera Unidad de Películas, que dependía de la Inteligencia de la Fuerza Aérea, donde protagonizó más de 400 metrajes de entrenamiento y documentales³. Esta etapa en la vida de Ronald Reagan resultó fundamental para la forja de su semblante e ideas, pues consolidó su patriotismo juvenil, le familiarizó con la importancia de los valores y de la proyección internacional del Ejército de los Estados Unidos, que años más tarde se convertiría en uno de los ejes centrales de su discurso. También de la importancia del cine como vehículo de transmisión de valores, en especial el cine de masas.

Después de la Segunda Guerra Mundial, Reagan reanudó su carrera como actor y se implicó en el Sindicato de Actores de Cine -SAG, por sus siglas en inglés-. Hasta tal punto se involucró que llegó a ostentar su presidencia, llegando a convocar la famosa huelga de actores y guionistas en 1960 con el objetivo de que estos pudieran acceder a los beneficios económicos de la venta de los derechos de las películas. Esta experiencia no solo le sirvió para mejorar sus dotes como negociador, sino para conocer los métodos de infiltración que el comunismo estaba empleando para introducirse en la industria cinematográfica estadounidense⁴.

Su carrera política es por todos conocida: pese a apoyar con anterioridad al Partido Demócrata, en 1962 se unió al Partido Republicano; entre 1967 y 1975 fue gobernador de California y, en 1981, se convirtió en el cuadragésimo presidente de Estados Unidos. Llegó en un momento en el que el país afrontaba una crisis económica y de valores, en especial a causa de la impopularidad de la Guerra de Vietnam y la «paz sin honor» que se firmó en París en 1973, la cual supuso el definitivo abandono estadounidense de la guerra.

La posibilidad de que Estados Unidos viera debilitada su posición frente a la Unión Soviética, en plena Guerra Fría, motivó que el presidente centrara sus esfuerzos en restituir el prestigio internacional estadounidense y en regenerar a una nación que estaba sumida en una profunda crisis. Sus medidas, resumidas, estuvieron centradas en la reducción de impuestos y de gasto público, salvo en el plano militar, con el objetivo de desgastar las finanzas de una URSS que se vería obligada a seguir la estela marcada por Estados Unidos -con la famosa Carrera Espacial en la llamada *Guerra*

de las *Galaxias*-. De hecho, a ese fin destinó 209.900 millones de dólares en 1983, que se convirtieron en 273.400 en 1986.

Además, la experiencia obtenida en Vietnam, que hizo recular a sus predecesores, no disuadió a Reagan de que Estados Unidos volviera a intervenir en el ámbito internacional. Su campaña de rearme fue seguida por las intervenciones en la isla de Granada, Nicaragua y Afganistán. El presidente pretendía de esta forma recuperar el patriotismo y prestigio perdido en Vietnam, recrudescer el discurso ante la amenaza soviética y restaurar valores que habían situado a Estados Unidos a la vanguardia mundial, como la familia tradicional norteamericana o la religión -célebre es su relación con Juan Pablo II-. Para ello, se valdría también del cine.

Las películas que marcaron la Era Reagan

La relación de Ronald Reagan con el cine, tanto por su experiencia como actor como en su uso como medio de influencia en la guerra, marcaron de forma notoria su carrera política. El ejemplo más visible fue su impecable oratoria y capacidad de comunicación -permitiéndose hasta tirar de humor y meter chistes anticomunistas en discursos y entrevistas-. Incluso hacía continuas referencias al cine en sus intervenciones públicas, en especial a los personajes de John Rambo y de Rocky Balboa.

Rambo: First Blood (Ted Kotcheff, 1982) fue uno de los primeros títulos que adoptó el neoconservadurismo patriótico de Ronald Reagan y dejó una perspectiva muy contundente sobre la Guerra de Vietnam⁵. Pese a que el filme ha sido interpretado por muchos como una oda antibelicista, en la línea de otras películas como *The Deer Hunter* (Michael Cimino, 1978) o *Apocalypse Now* (Francis Ford Coppola, 1979), el mensaje que quiere transmitir la trilogía del exboina verde es claro: la sociedad civil, alentada por los medios de comunicación, no comprendía a los soldados que estaban en Vietnam y causaron que volvieran de forma deshonrosa.

El personaje, a quien dio vida Sylvester Stallone, era visto como una víctima con estrés postraumático a causa de la guerra, pero sus verdugos fueron el sheriff y los habitantes de un bucólico pueblo del estado Washington. A causa de ello, Rambo llevó el infierno de la guerra a Hope, haciendo testigos a los vecinos de la localidad lo que él vivió en Vietnam. Además, en su alegato final, señaló directamente a los activistas y quintacolumnistas -tanto políticos, burócratas como periodistas- por no participar en la guerra, hacer que se perdiera a través de la desinformación, que hizo el conflicto muy impopular, y no de permitir la reinserción de los veteranos:

«No se acabó. Yo también tengo algo que decir: no era mi guerra, me llamaron ustedes a mí, no yo a ustedes. Yo hice lo que tenía que hacer para ganar, pero no nos dejaron ganar. Y cuando regreso a mi país, me encuentro a esos gusanos en el aeropuerto, gritándome, llamándome asesino de niños y otros horribles insultos. ¿Quiénes son ellos para insultarme? No estuvieron allí luchando como yo, no saben lo que dicen.»

Esa narrativa siguió tanto en *First Blood Part II* (John Pan Cosmatos, 1985), como en *First Blood Part III* (Peter McDonald, 1988), donde se recrudece el mensaje anticomunista y el enemigo directo ya pasa a ser el soviético.

«Siguiendo el espíritu de Rambo, déjenme decirles: ¡esta vez venceremos!», llegó a decir Ronald Reagan en una de sus intervenciones públicas. Y no fue la única vez ni a la última película protagonizada por Stallone a la que apeló. En otras entrevistas se refirió a *Rocky IV* (Sylvester Stallone, 1986), donde la rivalidad de la Guerra Fría se traslada al deporte, y, además de afirmar que el combate de Rocky Balboa contra Iván Drago era «el mejor combate de boxeo que había visto en una película» y que «como el boxeador Rocky Balboa, América es más fuerte ahora». Rocky representa ahí los valores estadounidenses del *American Dream*, es decir, los de un hombre hecho a sí mismo que, con esfuerzo y honor triunfó, frente al «imperio del mal» -con todas las connotaciones negativas, las trampas o la más absoluta crueldad-, como eran Iván Drago y la Unión Soviética⁶.

La restitución del prestigio bélico de Estados Unidos y de la dignidad del soldado se apreció en *El Sargento de Hierro* (Clint Eastwood, 1986). En ella se pone en alza, pese a la rudeza del propio sargento Tom Highway, el patriotismo, el militarismo y el anticomunismo a través de la intervención estadounidense en la isla de Granada en octubre de 1983, como respuesta al golpe de Estado que dio Hudson Astin con ayuda de la Cuba de Fidel Castro y la Unión Soviética.

De hecho, Highway, veterano de Corea y de Vietnam, se refirió al conflicto en Indochina así: «Perdimos la guerra, pero ganamos las batallas y no pienso perder la próxima porque mis hombres no estén preparados». Retomando el mensaje lanzado en *Rambo* de «no nos dejaron ganar la guerra» y la política de Reagan de aumentar los medios destinados al Ejército.

También podrían mencionarse de ejemplo grandes *blockbusters* como fueron *El Retorno del Jedi* (Richard Marquand y George Lucas, 1983), en el que, bajo la más pura influencia de los *Westerns*, se podrían hacer evidentes paralelismos entre el Imperio Galáctico y un régimen totalitario como era

el soviético⁷. E incluso *Top Gun* (Tony Scott, 1986), donde la Armada y la Fuerza Aérea de Estados Unidos colaboraron de forma directa, prestándoles un portaaviones, aviones y pilotos. Del mismo modo, el filme no solo fue un éxito comercial, en el que la industria apuntaba otra victoria para los Estados Unidos frente la URSS en un hipotético enfrentamiento aéreo, sino que sirvió para que miles de jóvenes se alistaran con el objetivo de convertirse en pilotos en la Armada, llegando a decirse que la recluta aumentó «*en un quinientos por cien tras el estreno*»⁸.

Lo que consiguió Ronald Reagan con el cine

El patriotismo cinematográfico de la era Reagan no es algo nacido de la propaganda primaria, pues no fue su Gobierno el que se encargó de hacer y financiar esas películas. Solo en algunos casos muy concretos, como en *Top Gun*, las autoridades militares prestaron ayuda material y logística a los cineastas.

Sin embargo, Ronald Reagan si se encargó de alentar ese tipo de producciones con continuos guiños. Sagas como *Rambo* tuvieron una fuerte conexión ideológica con las líneas políticas de la Administración Reagan e incidieron en aspectos ya mencionados como la necesaria superación de la decepción de la Guerra de Vietnam, el restablecimiento del prestigio internacional de Estados Unidos, el enfoque con todos los medios para derrotar a la Unión Soviética y la necesidad de volver a situar al país como líder del mundo⁹.

Bajo su presidencia quedó demostrado, ya que el presidente lo comprendió, que las grandes producciones cinematográficas pueden ser taquilleras y también transmitir valores virtuosos como el patriotismo, el sacrificio para conseguir la victoria -como era ganar la Guerra Fría-, la dignidad castrense, superación personal y la dignificación de los familiares. Un buen ejemplo es la apelación de Reagan a películas como *Rambo* o *Rocky* frente a otras como *Platoon* (Oliver Stone, 1986) o la ya mencionada *Apocalypse Now*.

También cómo los líderes políticos que tienen un interés real en construir una sociedad sana y dignificar una cultura propia, pueden ayudar a ello con el apoyo a quienes están en la lucha por defender esas ideas. Así, a los conservadores, el ejemplo de Ronald Reagan les deja una valiosa lección: no hay que descuidar nunca la cultura y hay que buscar un espacio dentro de ese mundo, como es el cine, en el que poder expresar los grandes valores que hicieron grande a Occidente.

Bibliografía

Argudo Álvarez, Antonio. *Hollywood y la propaganda ideológica durante la era Reagan (1981-1989)*. Barcelona: Universidad de Barcelona, 2015.

Fiamengo, Augusto. “La Guerra Fría sube al cuadrilátero: Rocky Balboa vs. El imperio del mal”. XII Jornadas Interescuelas/Departamentos de Historia. Departamento de Historia, Facultad de Humanidades y Centro Regional Universitario Bariloche. Universidad Nacional del Comahue, San Carlos de Bariloche, 2009. <https://cdsa.academica.org/000-008/197>

Iriarte, Álvaro. *Ronald Reagan: ideas y acción política*. Santiago: Instituto ResPública, 2019.

Johnson, Paul. *Estados Unidos. La historia*. Buenos Aires: Ediciones B, 2001.

Noonan, Peggy. *When character was King: a story of Ronald Reagan*. Estados Unidos: Penguin Books, 2002.

Sayago Guzmán, Juan Manuel. ¿Por qué no le dejaron ganar la guerra a Rambo? *Revista Centinela*, 19 de octubre de 2022. <https://revistacentinela.es/por-que-no-le-dejaron-ganar-la-guerra-a-rambo/>

Selva Ruiz, David. “Cine y propaganda reaganista en la trilogía original de Rambo”. *Comunicación*, n°6 (2008): pp. 87-106. <https://revistascientificas.us.es/index.php/Comunicacion/article/view/21430/18885>

Notas

1 Álvaro Iriarte, *Ronald Reagan: ideas y acción política*. Santiago: Instituto ResPública, 2019, p. 14.

2 Paul Johnson, *Estados Unidos. La historia*. Buenos Aires: Ediciones B, 2001, p. 765.

3 Álvaro Iriarte, *Ronald Reagan: ideas y acción política*. Santiago: Instituto ResPública, 2019, p. 16.

4 Peggy Noonan, *When character was king: a story of Ronald Reagan*. Estados Unidos: Penguin Books, 2002, p. 62.

5 Juan Manuel Sayago, ¿Por qué no le dejaron ganar la guerra Rambo?,

Revista Centinela, 19 de octubre de 2022, <https://revistacentinela.es/porque-no-le-dejaron-ganar-la-guerra-a-rambo/> (Consultado el 4 de junio de 2024).

6 Augusto Fiamengo. “La Guerra Fría sube al cuadrilátero: Rocky Balboa vs. El “imperio del mal”. XII Jornadas Interescuelas/Departamentos de Historia. Departamento de Historia, Facultad de Humanidades y Centro Regional Universitario Bariloche. Universidad Nacional del Comahue, San Carlos de Bariloche, 2009. <https://cdsa.academica.org/000-008/197>

7 Antonio Argudo Álvarez, *Hollywood y propaganda ideológica durante la era Reagan (1981-1989)*. Barcelona: Universidad de Barcelona, 2015, p. 55.

8 Ibid, p. 61.

9 David Selva Ruiz, “Cine y propaganda reaganista en la trilogía original de Rambo”. *Comunicación*, nº6 (2008): pp. 87-106. <https://revistascientificas.us.es/index.php/Comunicacion/article/view/21430/18885>



Ronald Reagan sentado por primera vez en el Despacho Oval tras su toma de posesión el 20 de enero de 1981. Fuente: Ronald Reagan Presidential Library & Museum.

LA TEMPRANA VICTORIA DE REAGAN CONTRA LOS ISLAMISTAS

Por Daniel Pipes

Ronald Reagan logró la primera victoria norteamericana en la guerra contra el islamismo, y ocurrió el primer día de su presidencia, el 20 de enero de 1981.

Aquel día, los yihadistas que gobernaban la República Islámica de Irán liberaron a 52 rehenes estadounidenses en el mismo momento que Reagan juraba el cargo. Después de 444 días humillando a Jimmy Carter, los dirigentes de Teherán decidieron poner fin al drama en la embajada norteamericana antes de verse obligados a enfrentarse al nuevo presidente. Fue el primero de los éxitos de Reagan en política exterior.

Para empezar, analicemos algunos antecedentes. Cuando el ayatolá Ruhollah Jomeini derrocó al Sha de Irán en febrero de 1979, instauró el

primer régimen islamista moderno, basado en métodos fascistas y comunistas, pero con el objetivo muy distinto de aplicar la ley islámica, la sharía. Al igual que los talibanes, los Hermanos Musulmanes y el ISIS, los jomeinistas afirmaban tener respuestas para todas y cada una de las preguntas de la vida. Crearon un orden totalitario con la intención de controlar todos los aspectos de la vida iraní a nivel nacional y llevar la revolución al ámbito internacional.

Al igual que todos los déspotas utópicos radicales, Jomeini consideraba a Estados Unidos el principal obstáculo para la aplicación de su programa. Y, al igual que hicieron otros líderes islamistas posteriores, atacó a los ciudadanos norteamericanos. Sólo que, en su caso, se conformó con estadounidenses que se encontraban en Irán, en lugar de tomarse la molestia de atacarlos en Nueva York o en Washington.

El 4 de noviembre de 1979, una turba dirigida indirectamente por Jomeini tomó la embajada de Estados Unidos en Teherán, una acción que infundió confianza a los islamistas y desató la furia musulmana contra los norteamericanos en todo el mundo. Aquella ola de ira adquirió una forma violenta cuando Jomeini declaró, erróneamente, que la toma de la Gran Mezquita de La Meca el 20 de noviembre era un asalto dirigido por Estados Unidos contra los lugares santos del Islam (de hecho, lo llevaron a cabo un grupo de islamistas afines a Bin Laden).

A continuación, se produjo una oleada de atentados antinorteamericanos en el norte de África, Oriente Próximo y el sur de Asia. Lo peor de la violencia se vivió en Libia y Pakistán. En este último país, se produjeron cuatro muertes, que figuran entre las primeras víctimas mortales de la guerra islamista contra Estados Unidos.

Jimmy Carter reaccionó como Barack Obama y Joe Biden. Se enredó en detalles diplomáticos y perdió de vista principios y objetivos. Por ejemplo, sólo respondió parcialmente a la toma de la embajada con la esperanza de *«convencer y persuadir a los líderes iraníes de que el verdadero peligro para su nación está en el norte, en la Unión Soviética»*.

Gestionó las iniciativas diplomáticas como el técnico que era: *«Depende de los iraníes»* dar el siguiente paso, dijo a finales de 1980. *«Estoy convencido de que sería beneficioso para ellos y para nosotros resolver esta situación sin más demora. Creo que nuestras respuestas son las adecuadas. En mi opinión, la propuesta iraní representaba una base sólida para resolver nuestras diferencias»*.

Por el contrario, como presidente electo, Ronald Reagan adoptó una postura audaz. Llamó a los autores del asalto «*criminales y secuestradores*», como también denominó «*secuestradores*» a los líderes políticos iraníes. Y añadió: «*Me alegraría que gracias a mis insultos hubieran comprendido que no tenían que esperar a que yo tomara posesión*».

Efectivamente, Reagan y sus ayudantes adoptaron un tono amenazador. «*Tendremos que hacer algo para traer a los rehenes a casa*», advirtió. Edwin Meese III, su jefe de transición, habló de forma más explícita: «*Los iraníes deben estar preparados para que nuestro país emprenda cualquier acción que considere conveniente*», así como que «*deberían reflexionar muy detenidamente sobre la ventaja que supondría para ellos que liberaran a los rehenes de inmediato*».

Las duras palabras de Reagan y su férrea reputación consiguieron que Estados Unidos obtuviera una rara victoria incruenta sobre los islamistas. Incluso un alto funcionario de la administración Carter, aunque prefería destacar los errores de su jefe por encima de los puntos fuertes de Reagan, reconoció a regañadientes que «*probablemente no tendríamos a los rehenes de vuelta en casa si Carter hubiera sido reelegido*».

Por desgracia, el historial posterior de Reagan sobre el islamismo no fue tan extraordinario, sobre todo su retirada de Beirut en 1983 y las transferencias de armas de su Administración a Teherán entre 1985 y 1986.

Dicho esto, aquel éxito en los albores de su Presidencia nos recuerda dos realidades, ahora que se cumplen veinte años de su fallecimiento. En primer lugar, Reagan tuvo que enfrentarse al problema de la violencia política. Y, en segundo lugar, su posición patriótica y sin concesiones logró el éxito no sólo contra la Unión Soviética, sino también contra el movimiento totalitario que le sucedió, el islamismo.



Actividad subvencionada por el Ministerio de Cultura